

con este propósito se sitúa el libro de los editores Melina y Anderson.

El volumen se estructura en dos partes: «un corazón que ve», que se acerca, experimenta la compasión e intenta conocer la situación desde el punto de vista sociológico y psicológico, pero sobre todo humano y, por lo tanto, ético. Y después, «actuar en consecuencia», cuidar y hacerse cargo del prójimo, llevarlo a la posada para que siga teniendo los cuidados adecuados, pagar y

volver después. Este segundo momento se propone buscar una respuesta pastoral de solidaridad, escuchando la experiencia de algunos centros e iniciativas de ayuda ya presentes en varias partes del mundo.

Un libro que pone el dedo sobre la llaga, y que al mismo tiempo invita a apreciar los frutos de la caridad y de la esperanza cristianas.

José María PARDO

**José H. Gómez, Archbishop**, *Men of Brave Heart: The Virtue of Courage in the Priestly Life*, Huntington (IN): Our Sunday Visitor, 2009, 234 pp., 14 x 21, ISBN 978-1592766802.

Mons. José Gómez, arzobispo de la arquidiócesis de Los Angeles, publicó *Men of Brave Heart* (Hombres de Corazón Valiente) durante el año del Sacerdote con el fin de ayudar a los sacerdotes a reflexionar sobre la virtud de la fortaleza. Esta obra de gran provecho para cualquier persona, consta de ocho capítulos en los cuales el autor hace un recorrido histórico sobre la comprensión de la virtud de la fortaleza en autores antiguos no cristianos, en la Sagrada Escritura y finalmente en santo Tomás de Aquino.

Para los griegos y los romanos la palabra «virtud», derivada de la palabra «vir» designa valentía y se refiere principalmente al valor en la batalla o lucha. Plutarco señaló que virtud es el ejercicio del valor en la guerra y la búsqueda del honor y la defensa de la patria. Por extensión esta palabra lleva al nombre genérico para las demás virtudes.

Desde el primer capítulo el autor destaca el valor de sacerdotes misioneros en América, entre ellos el Padre Antonio Margil, franciscano y misionero en Cali-

fornia y el primer obispo de Denver, Joseph Macheuf. El autor recuerda también a otros padres franciscanos, a los mártires jesuitas, Isaac Jogues y Jean de Brebeuf, y al primer obispo de Santa Fe, Nuevo México, Jean Baptiste de Lamy. Los sacerdotes de hoy pueden encontrar en estos sacerdotes un gran ejemplo de fortaleza y fe para la nueva evangelización proclamada por el Papa Juan Pablo II.

En el segundo capítulo el autor explica que la fuente de la fortaleza de un cristiano radica en Jesucristo. El cristiano sabe que sin Él no puede hacer nada. Ésta fue la experiencia del P. Walter Ciszek, jesuita, que estuvo prisionero en un gulag ruso. Siendo cardenal, el Papa Benedicto XVI, habló acerca del poder y debilidad del ministerio apostólico. Un hombre no es capaz por su propia cuenta de perdonar pecados o de decir «éste es mi cuerpo». Sólo es capaz de hacer esto en virtud del poder de Cristo y porque entra en comunión con Él (p. 47). El P. Ciszek descubrió que él no era el hombre fuerte que se imaginaba ser y que

en la Cruz de Cristo se halla esa fortaleza y debilidad del ministerio apostólico.

En el siguiente capítulo, el autor proporciona ejemplos del valor de muchos mártires cristianos de los primeros siglos y contrasta su fortaleza con la de los héroes romanos. Mediante citas de san Ambrosio indica que, al igual que Cicerón, éste consideraba que la fortaleza radica más en la mente que en el cuerpo. Sin embargo, a diferencia del filósofo estoico, san Ambrosio tomaba como autoridad a las Sagradas Escrituras y el ejemplo de los santos del Antiguo Testamento (pp. 70-71). El cuarto capítulo versa sobre los ejemplos de estos mártires. En este y en los demás capítulos hay abundantes citas de Padres de la Iglesia, santos y teólogos del siglo XX.

El quinto capítulo titulado «No tengáis Miedo» es una mirada a esta llamada de Jesús repetida frecuentemente en nuestros tiempos por el Papa Juan Pablo II. Este papa dijo: «¡Necesitamos hombres valientes! Para ser hombres necesitamos fortaleza. El hombre verdaderamente prudente, es de hecho sólo aquel que posee la virtud de la fortaleza» (p. 104). El autor explica varios textos del Nuevo Testamento sobre el «poder de Dios» y como Cristo trasmite ese poder a sus apóstoles que a su vez, mediante la ordenación sacerdotal, es transmitido a los sacerdotes. Aquí se cita de nuevo al papa Benedicto XVI y se empieza a citar al beato Columba Marmion, benedictino quien es mencionado frecuentemente en el libro. El capítulo concluye con una reflexión sobre la imitación de Cristo mediante el humilde cumplimiento de la voluntad del Padre.

Los capítulos seis y siete son un buen resumen de la doctrina de la *Summa Theologica* de santo Tomás acerca de las virtudes de la cual el autor tiene abundante conocimiento. Se explican, de un modo claro y sencillo, las facultades del alma, las pa-

siones y las virtudes en el hombre creado a imagen de Dios y llamado a participar en la divina naturaleza. Se distingue entre las virtudes adquiridas y las infusas. Según santo Tomás las virtudes infusas nos hacen capaces de vivir como hijos de Dios y dirigirnos a nuestro fin sobrenatural. Para el Aquinate las virtudes nos permiten progresar en la santidad y en el amor a Dios.

De modo particular el autor se detiene en analizar el temor a la muerte. Santo Tomás había visto en este temor el mayor obstáculo al crecimiento en la vida espiritual (p. 159). Según el santo, la pasión de Jesús y su cruz nos enseña todas las virtudes. En la Cruz, Cristo «venció el temor a morir, el motivo principal por el cual la mayoría de los hombres están sujetos al pecado» (*Compendium Theologiae*, p. 227). Por tanto el Aquinate cita en la *Summa* un pasaje de san Ambrosio que comienza: «Fortaleza ... defiende las glorias y protege las decisiones de todas las virtudes. Sostiene una lucha sin tregua contra todos los vicios...» (STh II-II, q. 123, a. 2, r. 2). Para ejercer su ministerio los sacerdotes tienen que vencer numerosos temores. Y entre estos temores el más grande es el temor a la muerte. (p. 165).

Mons. Gómez concluye esta bella obra de lectura atractiva y de amplio contenido con un capítulo sobre la piedad que alimenta la fortaleza en la vida del sacerdote. En estas últimas páginas se describe la misión del sacerdote como ministro de los sacramentos. Se trata de la importancia de la oración y el oficio divino, el vencimiento diario y el trato con la Virgen María. Hacia el final del libro cita un bello pasaje de san Josemaría Escrivá, a quien él escuchó siendo joven, en el que este sacerdote santo explica el papel de la Sagrada Escritura para la meditación y vida de un sacerdote.

Juan R. VÉLEZ